

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Proceso de ocupación y reocupación del espacio: la colina de El-Khokha y los templos de Tebas Occidental, Egipto.

Manzi, Liliana M. y Cerezo, M. Eugenia.

Cita:

Manzi, Liliana M. y Cerezo, M. Eugenia (2009). *Proceso de ocupación y reocupación del espacio: la colina de El-Khokha y los templos de Tebas Occidental, Egipto. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/214>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

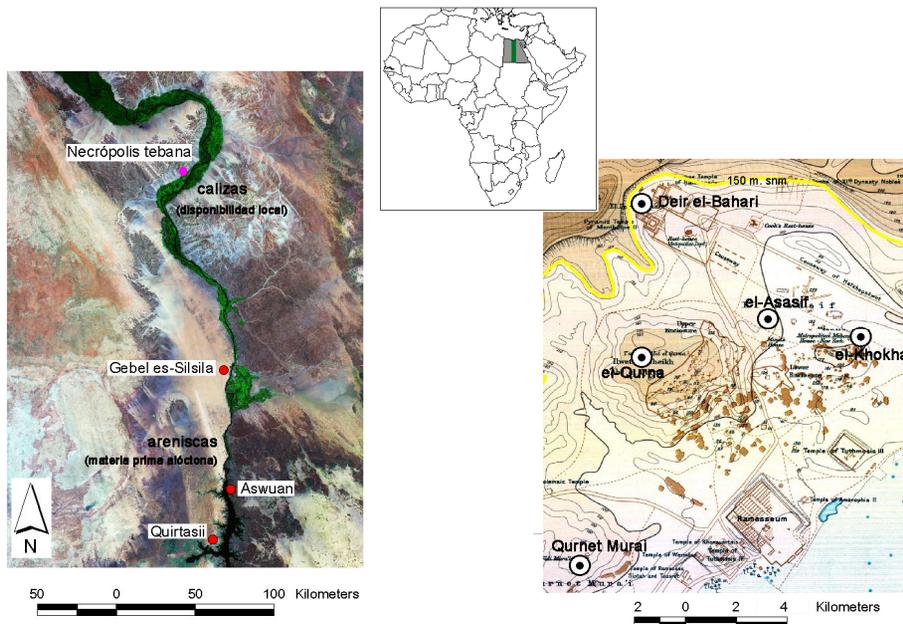
Proceso de ocupación y reocupación del espacio: la colina de el-khokha y los templos de Tebas occidental, Egipto

Manzi, Liliana M. (CONICET-IMHICIHU-DIPA –UBA)

La necrópolis tebana y el cementerio de el-Khokha

La margen occidental del Nilo funcionó como un espacio reservado para la realización de prácticas mortuorias, materializadas a través de la construcción de tumbas reales y privadas, de templos mortuorios dedicados a la memoria de distintos faraones y de estructuras levantadas en honor a deidades que eran objeto de su veneración.

La necrópolis tebana está conformada por seis cementerios, cuyas denominaciones modernas son: 1) el-Tarif, 2) Dra Abu el-Naga, 3) el-Assasif, 4) el-Khokha, 5) Sheikh Abd el-Qurna y 6) Qurnet Mura'i (Figura 1).. En ellos se encuentran emplazados monumentos funerarios privados y reales. Otras áreas cercanas que también presentan evidencias de prácticas funerarias son Deir el-Bahari y los entierros localizados en el poblado de artesanos de Deir el-Medina



La colina de el-Khokha contiene uno de los cementerios de nobles, cuyas tumbas comenzaron a ser construidas hacia la segunda mitad de la dinastía XVIII, presentando una merma en la actividad constructiva durante la dinastía XIX, para obtener un nuevo impulso como espacio de culto mortuorio en época ramésida (Davies 1933; Strudwick y

Strudwick 1999). Algunas de las tumbas más antiguas muestran registros de usurpaciones posteriores (Porter y Moss 1985), lo que indica el mantenimiento de esas estructuras a pesar de quedar desvinculadas de la figura del beneficiario inicial, mientras que en simultáneo continuaba la construcción de otras nuevas.

La contextualización regional de esta colina es posible a través de su vinculación con los templos mortuorios emplazados en las cercanías, donde el mantenimiento y la reiteración de las prácticas mortuorias condujeron a la conformación de un paisaje antropizado que expresa distintos aspectos de la ideología faraónica.

La perspectiva del paisaje

La noción de paisaje tiene varias connotaciones posibles que dependen de las perspectivas teóricas asumidas (Ver Anschuetz et al. 2001; Rossignol y Wandsnider 1992). En principio puede distinguirse el concepto de paisaje como un espacio que presenta una dimensión fisiográfica y otra simbólica (Rapoport 1977), resultando ambos modificados por las formas de uso implementadas por las poblaciones humanas en el transcurso del tiempo.

Las interacciones que establecen los individuos entre sí, en su rol de actores sociales, y con los demás organismos que habitan el espacio físico quedan evidenciadas a través de la estructuración de los diversos elementos que manipulan, dando por resultado un paisaje cultural. En el presente caso interesa estudiar el comportamiento ritual viabilizado a través de las prácticas mortuorias del Egipto antiguo, mediante las cuales se establecieron relaciones jerárquicas y se desarrollaron acciones dirigidas al mantenimiento de las ideologías dominantes.

El paisaje funerario de Tebas occidental fue construido en el transcurso de unos 2500 años, quedando representados comportamientos rituales que fueron comunes al Alto y Bajo Egipto. Es, en consecuencia, una materialización de las representaciones mentales de las elites gobernantes -faraones y funcionarios del estado- que se expresa a través de la disposición intencional de rasgos arquitectónicos. Por este motivo, las prácticas rituales, operando a través de sus distintas esferas -política, económica y social-, necesitan para su análisis del uso de escalas espaciales locales -tumba-, regionales -cementérios / necrópolis- y supra-regionales -el estado egipcio-. A la vez

que es preciso dar cuenta de la supervivencia y del reemplazo de ciertos rasgos en el transcurso del tiempo.

Esas acciones pueden operar de forma conscientes para ciertos actores e inconscientes para otros, dependiendo de los lugares que cada uno de ellos ocupa dentro de la trama sociopolítica, pudiendo estar dirigidas a la justificación y legitimación de jerarquías sociales o simplemente corresponder a la reiteración de las actividades específicas en función de los roles desempeñados.

El paisaje resultante implica acción y reacción, ejercidas por una multiplicidad de actividades y de percepciones que se ejecutan en simultáneo, que no sólo se refieren a la distribución de artefactos y estructuras en el espacio, ni al uso de ambientes naturales, sino que también aluden a un proceso de construcción y reconstrucción de significados implícitos a cada uno de ellos. No obstante, tanto el paisaje natural como el cultural pueden mantener, en el transcurso del tiempo su fisonomía, a pesar de que la percepción y significación del mismo sea diferente (Bradley 1999).

Paisajes construidos

Los templos mortuorios, dedicados a mantener la memoria de los faraones y el culto a los dioses por ellos venerados, fueron dispuestos en el sector de colinas que se localiza entre la planicie de inundación del Nilo y los contrafrentes montañosos que anteceden al desierto occidental. En este mismo sector también fueron construidas tumbas privadas otorgadas a los miembros de la burocracia del estado.

El proceso de ocupación de la necrópolis tebana comienza en la dinastía XI con la construcción de tumbas privadas en el cementerio de el-Tarif, a las que se sumó la apertura de otras en la colina de Sheik Abd el-Qurna. En tanto la construcción de templos mortuorios se inicia con Nebhepetre Mentuhotep II, en Deir el-Bahari. Pero, es en la segunda mitad de la dinastía XVIII cuando se observa, en Tebas, un aumento en el otorgamiento y construcción de tumbas privadas, mostrando una merma que coincide con el traslado de la capital a el-Amarna.

La restauración del culto a Amón lleva a que en las dinastías XIX y XX continúen las tareas de construcción de tumbas, en coincidencia con el inicio del registro de usurpaciones -reutilización- de monumentos funerarios. Finalmente, en el Período Tardío, dinastías XXV y XXVI, se evidencia la última etapa constructiva (Porter y Moss 1985).

En tiempos Ptolemaicos la necrópolis tebana pierde sus funciones funerarias y varios monasterios son ubicados en este espacio, mientras numerosas tumbas son utilizadas como lugares de residencia de la población local (Davies 1933; The Oxford Encyclopedia de Ancient Egypt 2000; Strudwick y Strudwick 1999).

Tipos de construcciones

En tiempos previos a la dinastía XVIII un mismo monumento mortuorio cumplía todas las funciones relacionadas con el culto funerario, pero a partir de ella se distinguen las tumbas reales de los templos mortuorios (Clarke y Engelbach 1990).

Entre los edificios levantados para cumplir funciones mortuorias se encuentran los palacios templo -también denominados templos mortuorios reales o templos de millones de años-, dedicados al mantenimiento de la memoria del difunto, y las tumbas, dirigidas a contener la momia del difunto y las pertenencias necesarias para garantizar su vida eterna una vez transfigurado (Baines y Maleck 1993; David 1995). Sin embargo, en el caso de los funcionarios de la burocracia estatal la separación entre el lugar de enterramiento y de culto funerario era un hecho excepcional (Badawi 1968).

Los planos de los palacios-templo exhiben en escala reducida los principales rasgos que sustentaban los edificios de los palacios reales (Arnold 1991; The Oxford Encyclopedia de Ancient Egypt 2000). Entre sus elementos constitutivos se encuentran un hall con columnas o sala hipóstila, la sala del trono, el trono, varios recintos -destinados a los asistentes encargados de la realización de las actividades ceremoniales- y capillas dispuestos en los laterales. Pertenecen a estas clases de estructuras los palacios-templo dedicados a Hatshepsut, en Deir el-Bahari, Tutmosis III y Ramses II, en Medinet Habu y Seti I, en el-Qurna (David 1995; The Oxford Encyclopedia de Ancient Egypt 2000).

Las tumbas, cuya meta era alojar las momias de los difuntos, pueden ser clasificadas como reales, vinculadas con la figura del faraón y de su familia directa, y las privadas, otorgadas por el poder real a distintos funcionarios del Estado egipcio.

Los planos de las tumbas privadas mantuvieron, en esencia, sus rasgos arquitectónicos desde la dinastía XI, estando conformadas por un patio amurallado, fachadas compuestas por pórticos con pilares, un corredor interno que conducía a la capilla en donde se encontraba un nicho con estatuas y la entrada a la cámara mortuoria o rampa de pasaje (The Oxford Encyclopedia de Ancient Egypt 2000).

A inicios de la dinastía XVIII las tumbas de los nobles adoptan la forma de T invertida y observan algunos cambios en las formas de los pilares del pórtico, en el acortamiento del corredor, en la ampliación de la capilla y en la profundización de un foso vertical en vez de una rampa descendente (Kampp 1996). Los patios cuando están situados sobre la pendiente de las colinas cuentan con muros de contención, mientras que las fachadas muestran el enlucido de sus paredes de caliza, rematando la parte superior con varias hiladas de ladrillos de molde. Este esquema básico pudo ser levemente modificado con la construcción de una sala con pilares o por la adición de cámaras y capillas de culto, dependiendo de las necesidades individuales y del rango social del propietario (Baines y Maleck 1993).

Las tumbas de la dinastía XX adquirieron mayores dimensiones. Algunas tienen uno o dos patios rodeados por columnatas, entrada con pilares que usualmente están enmarcados con estelas funerarias, pasajes descendentes, cámaras subterráneas y una pirámide de ladrillo (The Oxford Encyclopedia de Ancient Egypt 2000).

Proceso de construcción de estructuras funerarias

Las tumbas y los templos mortuorios fueron en parte excavados y en parte levantados con bloques de rocas canteados. La caliza proviene de las formaciones geológicas Tebas y Esna, que conforman el sustrato geológico, siendo su disponibilidad local, a pesar de que en ocasiones algunos bloques fueron transportados desde otras localizaciones en donde el material presentaba características específicas. En este caso los bloques utilizados no estaban directamente vinculados con la excavación del monumento funerario (Manzi y Sánchez 2007).

La arenisca, en cambio, es una roca que no se encuentra en el área tebana sino que forma parte de depósitos localizados en Gebel el-Silsila y Aswan. Estas canteras fueron explotadas desde la dinastía XVIII hasta el período Grecorromano (Baines y Maleck 1993), necesitando, en consecuencia del transporte de bloques hacia donde se la encuentra disponible de forma natural.

Las estructuras funerarias presentan partes arquitectónicas sobre la superficie del terreno y partes subterráneas que necesitaron de la excavación y extracción del sedimento removido. De acuerdo con la Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt (1999), la estandarización de formas y tamaños de bloques no habría sido un procedimiento frecuente, si no que estos eran cortados y ensamblados en el lugar de la obra, en un intento por reducir costos de formatización y de traslado.

De ser este el caso, debería encontrarse una alta variabilidad en las dimensiones y formas de los bloques utilizados, la que también podría verse aumentada a causa de la reutilización de materiales extraídos de distintas construcciones desmanteladas. Sin embargo, los trabajos de campo parecerían señalar que lo expuesto tal vez podría estar relacionado con la construcción de monumentos privados, puesto que los bloques y ladrillos de adobe utilizados en monumentos reales presentan, por el contrario, una alta estandarización.

El aumento de construcciones privadas como oficiales durante el Imperio Nuevo habría tenido como correlato la creciente necesidad de disponer de mayor cantidad de materiales para la construcción. Requerimiento en el cual también habría incidido el aumento en el tamaño de las obras mortuorias. Esta demanda, en parte, podría haber sido solventada con el desmantelamiento de estructuras pre-existentes.

La reutilización de bloques de areniscas, de procedencia alóctona, a diferencia de los de calizas, podría haber contribuido a una minimización de costos en el traslado, mientras que, la excavación de tumbas, como práctica constructiva reiterada y sostenida, tanto en lo respecta a la cantidad de beneficios otorgados como a las mayores dimensiones adquiridas por los monumentos, habrían tenido el límite concreto en su ampliación en el hecho de evitar poner en riesgo la estabilidad de la estructura y la posibilidad de intercepción de cámaras, galerías y corredores subterráneos de tumbas vecinas (Manzi y Sánchez 2007).

Consolidación de espacios mortuorios

Tumbas privadas en la colina de el-Khokha

Las tumbas privadas estuvieron usualmente situadas sobre las laderas de las colinas y orientadas hacia el terraplén de los templos funerarios reales o enfrente de tumbas reales. La tendencia observada en el registro de tumbas privadas indica que las tumbas de los oficiales de la primera mitad de la dinastía XVIII están localizadas en Sheik Abd el-Qurna y Dra Abu el-Naga, mientras que las correspondientes a la segunda mitad se encuentran en la zona más baja de la colina de Sheik Abd el-Qurna y en el-Khokha.

La actividad constructiva del período ramésida se concentra en los cementerios de el-Khokha y Dra Abu el-Naga, a la vez que algunas pequeñas estructuras son localizadas en Sheik Abd el-Qurna (Strudwick y Strudwick 1999).

En la colina de el-Khokha fueron identificados 62 monumentos mortuorios, que pueden ser distribuidos en referencia a las cronologías de sus construcciones, de acuerdo con la información contextual proporcionada por el registro epigráfico.

Las tumbas se distribuyen de la siguiente manera: 3 monumentos corresponden al Primer Período Intermedio, 31 a la dinastía XVIII, 17 a la dinastía XIX, 10 a la dinastía XX y uno al Tercer Período Intermedio (Porter y Moss 1985). Estas cifras ponen en evidencia que fue durante el Imperio Nuevo cuando la colina de el-Khokha registra un importante aumento en el otorgamiento de beneficios para la construcción de estructuras funerarias privadas.

Sin embargo, esta tendencia no es sostenida durante todo el período, si no que durante la dinastía XVIII es cuando se observa la mayor actividad constructiva, seguida por una baja en la dinastía XIX. Esta situación podría ser en alguna medida explicada como una de las consecuencias del traslado de la capital de Tebas a el-Amarna y luego a el-Khatana. Pero, con la restitución del culto a Amón este cementerio tampoco recuperó su impulso anterior, tendencia que se torna más visible durante el Tercer Período Intermedio, cuando la construcción de tumbas privadas es prácticamente nulo, indicando que el proceso de consolidación de este espacio mortuario estaba concluido.

Pero, la declinación en las tareas de construcción no implicó el abandono de la colina de el-Khokha como lugar de culto funerario, puesto que se registra la usurpación de una tumba en la dinastía XIX, dos en la dinastía XX y una en el Tercer Período Intermedio (Porter y Moss 1985).

La situación observada permite pensar en cuál habría sido la causa que habría llevado a la reutilización de tumbas privadas. Específicamente, si esto se debe a una saturación del espacio dedicado a las prácticas mortuorias en la colina de el-Khokha, puesto que durante la dinastía XVIII se constata un importante proceso de asignación de tumbas sin que se registraran usurpaciones. Estas últimas comienzan a observarse en dinastías posteriores, al mismo tiempo que se registra la construcción de algunas nuevas estructuras funerarias.

En tiempos Ptolemaicos la necrópolis tebana dejó de funcionar como un espacio preponderantemente dedicado al culto de los muertos. Poco antes del advenimiento del cristianismo las tumbas fueron abandonadas, muchas resultaron saqueadas e incendiadas y otras reutilizadas como monasterios coptos. Entre el siglo XIX y hasta aproximadamente 1920, algunas estructuras cumplieron funciones residenciales y de

corral para la población árabe, momento en que el Supremo Servicio de Antigüedades Egipcio desalojó definitivamente a las familias que las habitaban.

Este hecho no inhibió que en la colina de el-Khokha se estableciera un poblado actual. Muchos de sus residentes fueron desalojadas en los últimos 3 años, quedando las viviendas de adobes abandonadas o resultando demolidas. Esto último, llevó a que el material de demolición quedara depositado sobre las laderas de la colina cambiando la fisonomía y la estratigrafía de varios sectores.

Templos mortuorios tebanos

En los sectores occidental y oriental de Tebas se localizan estructuras templarias dirigidas a mantener la memoria y devoción por el difunto y el culto a deidades particulares. Los monumentos mortuorios de la margen oeste, localizados entre la base de las colinas y las áreas de cultivo, estuvieron principalmente vinculados con la figura del faraón, sirviendo como contraparte de su sepultura, generalmente ubicada en el Valle de Reyes. En tanto, los complejos de Luxor y Karnak, sobre la margen este, representaban, básicamente, la devoción que los faraones profesaban a diversas deidades.

Mediante distintas celebraciones ambos márgenes del Nilo resultaban interrelacionadas en la práctica ritual, la cual era viabilizada a través de vías procesionales y del cruce del río utilizando barcas. Estas prácticas que habrían influido en la localización de los templos, que fueron construidos en el límite de la planicie de inundación.

La vinculación de los templos de Tebas occidental con los complejos de Luxor y Karnak a través de vías procesionales, demuestran el mantenimiento de la temprana práctica de diseñar y utilizar vías procesionales. Esta clase de infraestructura ya se observa en la dinastía XI en la planta del templo de Mentuhopet II atravesando el-Assasif, para luego ser reutilizada en las ceremonias celebradas en los templos de Hatshepsut, dinastía XVIII, y de Ramsés IV, dinastía XX.

El "Festival del Valle" fue una de las celebraciones que unía ceremonialmente los márgenes oeste y este del Nilo. Al parecer comenzó a ser celebrado a inicios del Reino Medio para constituirse en una de las ceremonias más relevantes del Imperio Nuevo. Probablemente fue una variación local del festival de Hathor, donde ésta recibía al difunto en su dominio occidental, su santuario de Deir el-Bahari (Strudwick y Strudwick 1999).

El templo mortuario más antiguo de los emplazados sobre la margen oeste del Nilo es el de Nebhepetre Mentuhotep II, en Deir el-Bahari, datado en el Reino Medio - dinastía XI-. Este templo fue construido en un área que nunca antes había sido utilizada para la realización de cultos funerarios y tuvo como finalidad constituirse en un espacio en donde las deidades eran atendidas por el faraón, quien a cambio obtenía su lugar en la eternidad.

En la dinastía XII, Senwosret III, ubicó varias estatuas en ese templo mortuario, lo cual podría explicarse en el respeto que profesaba a su predecesor, cuyo nombre estaba compuesto con el del dios Montu, una deidad también venerada por él (Strudwick y Strudwick 1999:77).

Los templos pertenecientes al Imperio Nuevo están relacionados con la perpetuación del poder y naturaleza eterna del faraón como gobernante divinizado, atendiendo tanto a sus necesidades físicas como espirituales. En ellos se desarrollaron funciones religiosas y económicas. Los ingresos que cada templo recibía variaba, pero la forma más evidente parece haber sido la de las ofrendas de comida destinada a la deidad.

Fueron los faraones de la Dinastía XVIII quienes iniciaron la separación de las tumba, contenedoras de la momia del difunto y demás elementos necesarios para el rito funerario, de los templos mortuarios erigidos en conmemoración de hechos políticos y administrativos en los que hubiera intervenido el faraón, del mantenimiento y culto de la memoria de sus progenitores y propia y de adoración de las deidades a las que estos prodigaban su devoción.

En Deir el-Bahari, localizado sobre el borde del área cultivable se registra el templo de Amenofis I, cuya construcción puede adscribirse a este faraón y a su madre Ahmose-Nefertari. Allí mismo se encuentra el templo mortuario de Hatshepsut, asociado con el templo de Hathor y con la celebración del Festival del Valle.

En el-Qurna está emplazado el templo mortuario de Tutmosis III, construido tardíamente durante su reinado con el fin de devaluar la función del templo de Hatshepsut, y que habría tomado la forma de santuario de Amón y de Hathor. Poseía también una vía procesional siendo anualmente visitado por la procesión de Amón hacia la margen oeste y formaba parte de la celebración del Festival del Valle (Strudwick y Strudwick 1999).

Los materiales pertenecientes a la construcción de este templo, de modo semejante a lo ocurrido con otras estructuras funerarias reales, fueron utilizados en

obras posteriores. En el presente caso se constata la reutilización de parte de él en Medinet Habu.

Los Colosos de Memnon son parte de los restos del templo de Amenofis III, posiblemente dedicado a Amón, pero con la caída de este culto en conjunto con la muerte del faraón, Merenptah utilizó esta estructura como cantera de bloques de caliza.

Amenhotep IV, también conocido como Akehnaton, inició algunas construcciones antes de los cambios religiosos que propulsó, las cuales se evidencian en los ladrillos de adobe que tienen su sello.

En las cercanías de Medinet Habu se encuentran las ruinas del templo de Ay, usurpado posteriormente por Horemheb y que se encuentra prácticamente desmantelado.

En la dinastía XIX, en el templo de Seti I, en Dra Abu el-Naga, se construyó una capilla para rendir culto a la memoria de Ramsés I, pero fue su sucesor Ramses II quién completo su construcción y edificó el Ramesseum. En las proximidades de este último se ubican los templos, prácticamente destruidos, de Menreptah, Siptah y Tawsret.

En el gran templo de Medinet Habu se encuentra el templo mortuario de Ramsés III. Este templo registra varias etapas constructivas, siendo la más tardía datable en el Período Ptolemaico. En sus proximidades está el templo de Amenofis hijo de Hapu, quién formó parte de la corte de Amenofis III, el cual se encuentra en la actualidad desmantelado.

Paisajes mentales

Durante el Imperio Nuevo comienza una etapa de expansión territorial, momento en que se registra un aumento en la cantidad de tumbas privadas otorgadas por el faraón a funcionarios del estado con diferentes rangos.

A través del proceso de construcción de estructuras funerarias es posible reconocer las circunstancias sociales, políticas y religiosas del período en cuestión y del papel desempeñado por Tebas como centro de poder político.

Las colinas que se ubican entre la planicie de inundación del Nilo y el desierto occidental conformaron el espacio en donde se excavaron tumbas de nobles, posiblemente por presentar topografías naturales de forma piramidal que rememoraban la montaña primigenia.

Las tumbas mediante la apertura de cámaras y de galerías excavadas en la caliza vinculaban un mundo subterráneo con sectores topográficamente elevados, que aludían a la montaña primigenia y al culto de la diosa Hathor. En este sentido el paisaje cultural resultante conjuga elementos propios del entorno natural con prácticas ideológicas. Mientras que en su contextualización regional, los monumentos mortuorios privados adquieren significación en relación con el proceso de construcción, remodelación y destrucción o desmantelamiento de los templos mortuorios reales localizados en sus inmediaciones.

Las estructuraciones espaciales instrumentadas por el estado egipcio condujeron a que diversos sectores del espacio resultaran jerarquizados de modo diferencial, configurando un paisaje cultural que no sólo relacionaba el mundo de los muertos con el de los vivos, de acuerdo con la religión oficial, si no que también era un medio para plasmar las diferencias jerárquicas existentes entre los propietarios de tumbas privadas. Hecho que se observa en la magnificencia que adquirieron algunas construcciones funerarias, dando muestra del rango ejercido por los distintos personajes dentro de las elites administrativas, militares y gobernantes, lo cual también se constata en las titulaciones que constan en el registro epigráfico.

En tanto, los monumentos mortuorios reales, ubicados en la margen occidental, en su carácter de templos construidos por los faraones para agradar a las deidades que ellos adoraban y para destacar aspectos de personales y de sus gestiones oficiales; también adquirirían una mayor relevancia a través de su vinculación con los templos localizados en la margen oriental del Nilo -complejos de Karnak y Luxor-, al quedar interrelacionados tanto mental como materialmente por medio de la construcción de vías procesionales y de la reiteración y recordación de celebraciones rituales.

La construcción del templo mortuorio de Mentuhotep II, en Deir el-Bahari, en un lugar en dónde todavía no se habían realizado construcciones importantes, salvo algunas tumbas localizadas en los farallones de las colinas de el-Tarif y el-Qurna, señala el comienzo del procesos de ocupación y reocupación de la necrópolis tebana.

La posterior construcción del templo mortuorio de Hatshepsut, al lado del de Mentuhotep II copiando su plano, de los templos de Hathor y de Amón y de la vía procesional que los relacionaba con el desarrollo del Festival del Valle, habría agregado nuevos atractores para la construcción de los subsiguientes templos mortuorios tebanos.

Era durante la celebración del Festival del Valle cuando tenía lugar una procesión en que se trasladaba la imagen de Amón desde Karnak hacia la necrópolis.

Mediante el festival se reafirmaba la figura real y de su entorno, a la vez que se rendía culto a los difuntos sepultados en la necrópolis, en un intento por reunir el mundo de los vivos con el de los muertos. A esa procesión, en tiempos de la dinastía XIX, se sumaron las barcas dedicadas a los dioses Mut y Khonsu, agregando mayor complejidad a la celebración.

La planta de los templos representaba la montaña primigenia, donde el nivel del piso se elevaba hacia el santuario interno indicando el montículo originario, dónde la deidad del templo realizaba el acto de creación. Las columnas de las salas hipóstilas representaban la vegetación que crecía en el montículo cuando las aguas de la inundación retrocedían. Los ladrillos de los muros del templo simbolizaban las aguas del caos de dónde emergió la montaña primigenia. En simultáneo, su arquitectura representaba la conexión con la vida otorgada por Ra, motivo por el cual muchos templos tienen un eje central orientado a 90 grados con respecto al curso del Nilo. Es decir, están alineados en sentido este-oeste por lo que el sol recorrería el eje central a lo largo del día (Strudwick y Strudwick 1999:47).

En cuanto a las prácticas mortuorias representadas en el cementerio de el-Khokha, estas comprenden acciones privadas permitidas y ejecutadas por el estado, quien otorgaba el beneficio de construcción de tumbas y luego continuaba con su mantenimiento, esto lleva a que éstas se mantengan como expresiones particulares de los ritos mortuorios oficiales, que impusieron los ciclos de celebración de ritos y dictaminaron los elementos que estos debían contener. La cercanía entre tumbas privadas y templos dedicados a mantener la memoria de los faraones y a propiciar la adoración de ciertas deidades, generaban un vínculo anecdótico que daba mayor legitimidad y relevancia a las practicas privadas.

El cementerio de el-Khokha registró una importante obra constructiva durante la segunda mitad de la dinastía XVIII y una nueva etapa de reactivación en época ramésida (Davies 1933; Strudwick y Strudwick 1999). Este aumento de construcciones privadas junto con las oficiales, durante el Imperio Nuevo, habría tenido como correlato una demanda creciente de materiales para la construcción, la cual podría haber sido solventada, en parte, con el desmantelamiento de estructuras pre-existentes, lo que habría dado como resultado economizar mano de obra y sesgar la memoria de reinados precedentes.

Al mismo tiempo es posible que el uso redundante de la colina pudiera originar una “saturación del espacio” dedicado al culto funerario, que estaría reflejada en la

reutilización de las tumbas tanto de la nobleza como de la realeza durante este último periodo. Pero la/s razón/es de esta práctica tan extendida de los sepulcros de esta zona pueden ser mucho más complejas.

A lo largo de las distintas dinastías y hasta tiempos relativamente recientes la práctica de remoción y transporte de fragmentos de estructuras de piedra estuvo presente. En ciertas ocasiones, parte de ellas resultaron total o parcialmente destruidas a causa de cambios ideológicos, religiosos o políticos; observándose en esos casos la rotura o “borrado” de partes de escenas y nombres de personajes y dioses (Baines y Maleck 1993; Description de l’Egypt 1997; Manzi y Sánchez 2007).

Entre los muchos ejemplos que pueden citarse constan el desmantelamiento en tiempos del Imperio Nuevo del templo construido por Amenhotep I sobre cuya planta se construyó el templo de Hatshepsut, de los templos de Amenofis IV por encargo de Horemheb (Baines y Maleck 1993) y del templo de Tutmosis III para ser utilizado como cantera de rocas (The Oxford Encyclopedia de Ancient Egypt 2000:367).

Discusión

A las imágenes fisiográficas del paisaje, percibidas por los sentidos, se suman las imágenes mentales construidas y recreadas por los individuos, mediante las cuales adjudican contenido simbólico a los elementos materiales. Sin embargo, para que este paisaje mental sea construido no alcanza con la existencia de geoformas naturales sugerentes, tales como la forma piramidal que presentan las colinas en torno a las cuales se desarrollaron los cementerios de la necrópolis tebana. Necesitan también de la disposición específica de distintas estructuras arquitectónicas, las que dispuestas de forma particular, otorgaron y adquirieron contenidos y significados culturales específicos que dieron sentido al comportamiento ritual.

Las obras arquitectónicas tuvieron significados explícitos en sí mismos. Los templos mortuorios estuvieron dirigidos a la creación y el mantenimiento de una memoria cultural, lograda a través de las menciones a faraones, genealogías rituales, parentescos sanguíneos, conmemoración de logros militares y diplomáticos y de sojuzgamiento de pueblos vencidos. Mientras que las tumbas privadas tenían por meta lograr que el funcionario del estado y su parentela tuvieran garantizado el rito mortuario necesario para su transfiguración, participando y legitimando en un nivel jerárquico más bajo la ideología del oficial de negación de la muerte.

Asimismo, dentro de un dominio reducido, cada uno de los personajes beneficiados con la adjudicación de una tumba construida y mantenida por el estado, lograba la trascendencia de su memoria, materializada en el registro epigráfico contenido en las tumbas, en dónde se menciona su nombre, filiación y cargos. Al mismo tiempo que se lo representa con estatuas y en imágenes que los ponían en conexión con la divinidad de los dioses y del faraón.

La participación de los nobles y sus familiares de la ideología oficial podría verse no sólo reafirmada o realzada en la abundante y fina decoración de los monumentos funerarios, sino también en las relaciones contextuales con los atributos naturales y culturales del paisaje: las colinas, sus laderas y la vecindad con los templos. Este comportamiento habría llevado, además a una diferenciación jerárquica dentro de la burocracia estatal, haciendo que funcionarios de ciertas categorías hicieran construir sus tumbas en ciertos lugares que eran seleccionados a expensas de otros, que también estuvieron reservados a la nobleza.

En consecuencia, la excavación de tumbas y el emplazamiento sobre la superficie del terreno de ciertos rasgos arquitectónicos, no sólo tuvieron una función práctica sino que también representaban creencias, así las columnas no sólo sostienen techos, si no que, por ejemplo, también representaban prácticas arquitectónicas arcaicas, como lo eran los templos construidos con elementos vegetales.

Por su parte, los materiales de construcción también eran encargados de preservar memorias. En esta línea se encuentran los ladrillos con sellos referidos al nombre de los faraones que encargaron determinada construcción. Sin embargo, la memoria tiene como contrapartida el olvido, la negación de la individualización de personas, hechos y vinculaciones, que puede observarse en las prácticas de *damannatio memoriae*, mediante el borrado de nombres, titulaciones, parentescos sanguíneos y rituales, de imágenes corpóreas, atributos de poder y vinculaciones con los dioses.

El desmantelamiento de templos y la reutilización de sus materiales en la construcción de nuevas estructuras, sólo lograron, en parte y en muy corto plazo, la negación de los actores, puesto que la pervivencia de sellos, cartuchos e imágenes recuperadas en localizaciones diferentes a las que estuvieron dispuestas originalmente, no niega, no borra la memoria, si no que la mantiene y reubica en su contexto histórico. Informa cómo los faraones negaron líneas sucesorias, cómo la memoria de sus predecesores se mantenía dentro de sus propios reinados y que no bastaban las acciones inmateriales para borrar el recuerdo, ni la obra de los personajes negados.

La negación concretada a través del borrado de elementos identificatorios, de los atributos de poder, de los lugares de veneración y honor de y para ciertos personajes, tal vez no pretendiera ser total, si no que quizás alcanzara con la marca del daño material, como señal de negación, para quitarles prestigio y credibilidad a los individuos.

En suma, el paisaje natural, ahora altamente antropizado, fue modificado para ser funcional a causas ideológicas y religiosas, se lo modifica en su fisonomía culturalmente para que sea diferente y se lo interprete del modo correcto, en la manera indicada por los monumentos levantados. Pero, este mismo paisaje, modificado y funcional a un determinado tiempo político e histórico de un reinado o de una dinastía, es también un reservorio fósil del pasado que pretende ser superado, reemplazado.

En consecuencia, el ordenamiento territorial observado en Tebas occidental es producto de la significación y resignificación simbólica otorgado en el transcurso de los 500 años en que habría funcionado la necrópolis. Representado a través de distintos factores interactuantes: a) la ubicación razonada y específica de estructuras y de rasgos arquitectónicas, b) las representaciones mentales, creadas a través de la percepción e interpretación de los aspectos materiales del comportamiento humano y fisonómicos de los ambientes naturales y sus geoformas y c) del recuerdo y apelación a la memoria de los ritos funerarios realizados calendáricamente.

El resultado esperado habría sido que las intencionalidades de las elites gobernantes quedaran plasmadas materialmente para ser practicada y reproducida, a partir de una lectura más o menos textual, por los diversos actores sociales dependiendo de sus jerarquías, en el caso de las elites, como independientemente de sus desempeños, en el caso de los miembros de las no-elites.

Estos intentos de participación de la ideología faraónica, y por ende predominante, puede ser identificada en las tumbas construidas por los artesanos especializados en Deir el-Medina, quienes intentaron y lograron acceder a ciertos elementos de culto funerario oficial, al mismo tiempo que los miembros de las no-elites también podrían haberlo intentado mediante los saqueos de tumbas que se registraron en tiempos del Imperio Nuevo y en períodos posteriores.

Agradecimientos

El desarrollo de estas investigaciones se enmarcan en el Proyecto de Programación Científica 2008-2010, Ubacyt F-442, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

A la Dra. Silvia Lupo y a la Lic. Silvana Catania por sus sugerencias, que contribuyeron significativamente a mejorar este manuscrito.

Bibliografía

ANSCHUETZ, K., WILSHUSEN, R. y CH. SCHEICK. 2001. An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions. *Journal of Archaeological Research* 9(2):157-211.

ARNOLD, D. 1991. *Building in Egypt*. Oxford University Press. Oxford.

BADAWY, A. 1968. *A History of the Egyptian Architecture*. Berkeley. Los Ángeles.

BAINES, J. y J. MALECK. 1993. *Egipto. Dioses, templos y Faraones*. Vol. 1. Ediciones Folio. Barcelona.

BRADLEY, R. 1999. *An Archaeology of Natural Places*. Routledge, London & New York.

CLARKE, S. y R. ENGELBACH. 1990. *Ancient Egyptian Construction and Architecture*. Germany: Dover editorial.

DAVIES, N. de G. 1933. *The Tomb of Nefer-hotep at Thebes*. 2 vols. Metropolitan Museum of Art, New York.

DAVID, A. 1995. *Los Reinos Egipcios*. Vol. 2. Ediciones Folio. Barcelona.

Description de l'Egypt. 1997. Publiée par les ordres de Napoléon Bonaparte. Taschen. Köln.

Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt. 1999. Bard, K. Ed. Routledge. London.

GARDINER, A., y A. WEIGALL .1913. *A Topographical Catalogue of the Private Tombs of Thebes*. Bernard Quaritch, London.

KAMPP, F. 1996. *Die Thebanische Nekropole zum wandel des Grabgedankens von der XVIII. bis zur XX. Dynastie*. 2 vols. Theben 13. Phillip von Zabern, Mainz an Rhein.

MANZI, L. y J. SANCHEZ. 2007. Bloques de distintas procedencias alojados en la tumba de Neferhotep (TT49), el-Khokha (Tebas occidental, Egipto). I Congresso Internacional de la Sociedade de Arqueología Brasileira. pp:95-107. Florianópolis.

PORTER, B. y R. MOSS. 1972. *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs, and Paintings. II. Theban Temples*. Second Edition. Oxford.

PORTER, B. y R. MOSS. 1985. *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs, and Paintings. I. The Theban Necropolis, Part 1. Private Tombs*. Reprint. Oxford.

RAPOPORT, A. 1977. *Human aspects of urban form: towards a man-environment approach to urban form and design*. Pergamon, Oxford.

ROSSIGNOL, J. y L. WANDSNIDER. 1992. *Space, Time, and Archaeological Landscapes*. Plenum Press. London.

STRUDWICK, N. y H. STRUDWICK. 1999. *A Guide to the Tombs and Temples of Ancient Luxor. Thebes in Egypt*. British Museum Press. Slovenia.

The Oxford Encyclopedia de Ancient Egypt. 2000. Donald Redford Editor in Chief. Oxford University Press. UK.

